



Lo que queda fuera del estadio

Werneburg Agustina



Si me dieran una moneda cada vez que un Mundial de fútbol coincidió con madres reclamando por la desaparición de sus hijos, tendría dos monedas. No es mucho, pero resulta profundamente inquietante que haya ocurrido dos veces.

Los Mundiales suelen presentarse como la máxima celebración deportiva del planeta. Durante unas pocas semanas, millones de personas detienen su rutina para mirar los mismos partidos, cantar los mismos himnos y compartir una misma emoción. Las cámaras muestran estadios repletos, ciudades renovadas y una imagen cuidadosamente construida de los países anfitriones. Sin embargo, fuera del encuadre también existen otras historias. Mientras el mundo festeja, hay quienes siguen buscando. En México, cientos de madres recorren caminos, descampados y fosas clandestinas intentando encontrar a sus hijos desaparecidos. Lo hacen en un país donde más de cien mil personas faltan en sus hogares y donde, ante la ausencia de respuestas estatales, muchas familias se vieron obligadas a convertirse en investigadoras de sus propios casos.

La escena resulta inquietantemente familiar para la historia latinoamericana. En 1978, mientras Argentina organizaba el Mundial bajo la última dictadura militar, otras madres aprovecharon la llegada de periodistas extranjeros para denunciar la desaparición de sus hijos. Mientras el gobierno intentaba exhibir una imagen de orden, unidad y normalidad, las Madres de Plaza de Mayo recordaban al mundo una realidad que el régimen buscaba ocultar.



Entre ambos casos hay casi medio siglo de distancia, contextos políticos diferentes y responsabilidades estatales que no pueden equipararse de manera automática. Sin embargo, existe un punto de encuentro imposible de ignorar: en ambos momentos, un acontecimiento global pensado para celebrar terminó convirtiéndose también en un escenario de disputa por la memoria, la verdad y la justicia. Este trabajo propone analizar ese cruce entre fútbol, poder y derechos humanos. Porque detrás de cada fiesta cuidadosamente transmitida existe una pregunta incómoda: ¿qué ocurre con aquellas realidades que quedan fuera de cámara? ¿Las vemos y decidimos ignorarlas, o simplemente dejamos de mirarlas cuando comienza el espectáculo?

Las mujeres que rascan la tierra

Las protagonistas de esta historia no son futbolistas, dirigentes, ni funcionarios. Son mujeres que buscan. Buscan en campos, en caminos rurales, en descampados y en fosas clandestinas. Buscan porque alguien desapareció y porque, ante la falta de respuestas, entendieron que nadie iba a hacerlo por ellas. Las madres buscadoras no nacieron como un movimiento organizado ni como activistas profesionales. Son mujeres que comenzaron recorriendo comisarias, hospitales, fiscalías y cárceles intentando encontrar respuestas sobre sus hijos, hijas y familiares desaparecidos. Con el tiempo comprendieron que, si querían avanzar, debían hacerlo por sus propios medios. Así se convirtieron en investigadoras, rastreadoras y peritos improvisados. Rascan la tierra con palas y varillas, recorren pueblos y ciudades, siguen pistas anónimas y organizan búsquedas donde el Estado no llega. En esa tarea han encontrado fosas clandestinas, restos humanos y evidencias de una crisis que atraviesa a todo México.



Las desapariciones no son un fenómeno nuevo en el país; la crisis lleva décadas, aunque comenzó a hacerse imposible de ignorar a partir de 2007, cuando la violencia se intensificó y las cifras crecieron de manera alarmante. Desde entonces, miles de familias conviven con una ausencia que no termina nunca: una silla vacía en la mesa, una llamada que no llega, una búsqueda que se prolonga durante años. Hoy, mientras el Mundial llena estadios, pantallas y titulares, otra realidad persiste fuera del foco principal. Más de 100 mil personas permanecen desaparecidas en México. No son estadísticas ni números en un informe oficial: son hijos, hijas, hermanos, padres y amigos que un día dejaron de volver a casa. Detrás de cada uno de ellos hay una familia que se niega a aceptar el olvido.

La magnitud de la crisis puede observarse con claridad en Guadalajara, una de las ciudades más pobladas de México y una de las sedes del Mundial 2026. A pocos kilómetros del Estadio Akron, escenario de varios encuentros de la Copa del Mundo, se han documentado en los últimos meses hallazgos estremecedores: más de 500 bolsas con restos humanos fueron encontradas en distintas fosas clandestinas ubicadas en Las Agujas, Arroyo Hondo, Lomas del Refugio y Nextipac, todas dentro de un radio de apenas 15 kilómetros alrededor del estadio. La imagen resulta difícil de ignorar. Mientras el país se prepara para recibir a miles de turistas y proyectar una imagen de modernidad ante el mundo, en los alrededores de algunos de sus principales escenarios deportivos continúan apareciendo rastros de una crisis humanitaria que se profundizó durante las últimas dos décadas.



Frente a expedientes demorados, puertas cerradas y respuestas que nunca llegan, cientos de mujeres asumieron una tarea que no debería recaer sobre ellas. Son ellas quienes organizan jornadas de búsqueda, siguen pistas anónimas y recorren terrenos donde podría encontrarse algún indicio sobre el destino de sus familiares desaparecidos. Sin embargo, la búsqueda también tiene consecuencias. Los colectivos de madres buscadoras denuncian desde hace años distintas formas de violencia. Además de enfrentar la negligencia estatal y la exclusión de espacios de decisión previstos por la legislación mexicana, muchas reciben amenazas, sufren hostigamientos e incluso son víctimas de atentados. En algunos casos, las propias personas dedicadas a buscar desaparecidos terminaron desaparecidas o asesinadas. Hasta el momento, el Estado mexicano no ha logrado esclarecer decenas de ataques contra integrantes de estos colectivos. A ello se suma la crítica constante de las organizaciones de familiares hacia las autoridades, a quienes acusan de no asumir plenamente la responsabilidad de la búsqueda y de dejar en manos de las propias víctimas una tarea que debería ser una obligación estatal.

El espejo de 1978: El deporte como vitrina y anestesia

Mientras los hinchas cantan *olé,olé,olé*, las madres gritan por sus desaparecidos. La imagen resuena con fuerza para cualquier argentino. Resulta inevitable mirar hacia atrás: en 1978, durante el Mundial organizado por la última dictadura militar, las Madres de Plaza de Mayo también encontraron en el mayor espectáculo deportivo del planeta una oportunidad para romper el silencio y denunciar aquello que el poder intentaba ocultar.



Para la Junta Militar, el Mundial representaba mucho más que una competencia deportiva. Era la oportunidad perfecta para hacer *sportswashing*: utilizar el fervor popular y el nacionalismo para proyectar al exterior la imagen de un país ordenado, moderno y en paz, justo cuando crecían las denuncias internacionales por secuestros, torturas y desapariciones forzadas. La estrategia no era nueva; antes lo habían hecho Benito Mussolini en el Mundial de Italia de 1934 y Adolf Hitler durante los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936.

En Argentina, el régimen militar puso en marcha el denominado “Operativo Copa del Mundo 1978”, coordinado por el Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78). El plan incluyó la remodelación de estadios, mejoras en infraestructura y una ambiciosa campaña de prensa internacional bajo el cínico eslogan: “*Los argentinos somos derechos y humanos*”, diseñado para responder a las críticas extranjeras.

La llegada de cientos de periodistas internacionales, sin embargo, generó un efecto que la dictadura no previó. Las Madres de Plaza de Mayo, que desde 1977 reclamaban por sus hijos, aprovecharon la presencia de los corresponsales extranjeros. Frente a sus cámaras y micrófonos lograron romper parcialmente el cerco de censura y llevar sus reclamos más allá de las fronteras. El Mundial se transformó así en un escenario de disputa. Mientras la dictadura intentaba exhibir una imagen de normalidad, distintos organismos de derechos humanos encontraban una oportunidad excepcional para visibilizar las denuncias sobre el terrorismo de Estado. La atención del mundo, que la dictadura esperaba ocultar, también terminó iluminando aquello que intentaba mantener en las sombras. El triunfo deportivo de la selección argentina contribuyó a reforzar el clima festivo, pero no logró silenciar las acusaciones que continuaban multiplicándose dentro y fuera del país.



La contradicción de aquellos veinticinco días alcanzaba niveles difíciles de asimilar: a pocas cuadras del Estadio Monumental, donde miles de personas celebraban los goles de la selección, funcionaba la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el mayor centro clandestino de detención de la dictadura. Allí, hombres y mujeres sometidos a condiciones inhumanas escuchaban los gritos de la tribuna desde las salas de tortura.

La disputa por la verdad y las cámaras de 2026

Casi cincuenta años después, la historia parece repetirse al otro lado del continente. Al igual que las Madres de Plaza de Mayo durante el Mundial de 1978, las madres buscadoras mexicanas comprendieron que cuando el mundo dirige su mirada hacia un país también se abre una oportunidad para mostrar aquello que normalmente permanece fuera de escena.

La lucha de las madres no se desarrolla únicamente en las fosas rurales; también se libra en el terreno de los discursos y la política institucional. En abril de 2025, el Comité contra la Desaparición Forzada de la ONU activó un procedimiento al considerar que existían indicios de que las desapariciones en México ocurrían de manera “generalizada o sistemática”, elevando la discusión a instancias superiores de Naciones Unidas. La respuesta del gobierno mexicano fue inmediata: la presidenta Claudia Sheinbaum rechazó las conclusiones afirmando que en México “no hay desaparición forzada desde el Estado” y atribuyó la crisis a organizaciones criminales.

Los colectivos cuestionan duramente esta postura. Sostienen que, más allá de quién ejecute el crimen, el Estado es responsable por omisión y negligencia.



Señalan además que herramientas urgentes como el Banco Nacional de Datos Forenses continúan sin aplicarse de manera efectiva, y denuncian una estrategia oficial de silenciamiento destinada a minimizar la dimensión de la tragedia para proteger la imagen internacional del país.

La inauguración del Mundial 2026 fue entonces utilizada por distintos colectivos para amplificar su reclamo. El 11 de junio, grupos provenientes de diversas regiones de México, encabezados por referentes como Virginia Ponce, integrante del Colectivo Manos Buscadoras de Jalisco, marcharon por la Calzada de Tlalpan en dirección al Estadio Ciudad de México. Portaban fotografías de sus familiares desaparecidos y carteles con consignas tan contundentes como dolorosas: “México, campeón en desaparición”. Mientras miles de personas se preparaban para ingresar al estadio, ellas intentaban recordarle al mundo que en México más de 100 mil personas continúan desaparecidas. Querían aprovechar la atención mediática que genera la Copa del Mundo para hacer visible una realidad que rara vez ocupa los titulares internacionales. El mensaje era simple: no puede haber una fiesta completa cuando miles de familias siguen buscando a quienes faltan. Sin embargo, pese a que la movilización fue pacífica, las manifestantes no pudieron acercarse al estadio. Las autoridades impidieron que las manifestantes se acercaran al lugar donde se concentraban las cámaras, los periodistas y los festejos. Al día siguiente, la polémica creció. El gobierno de Claudia Sheinbaum anunció una investigación sobre la logística y el financiamiento de los autobuses que habían trasladado a las madres desde Jalisco. La respuesta llegó casi de inmediato.



“Pídale a la Fiscalía, por favor, que en lugar de perder tiempo investigando cómo llegamos, se pongan a investigar cómo se fueron nuestros hijos y dónde están” La frase condensaba años de frustración. Otra de las participantes lo expresó de manera aún más directa: “Las autoridades nos obligaron a estar en este lugar, a buscar porque si no les buscamos nosotras, nadie más lo va a hacer. Nosotras rascamos la tierra buscando a nuestros amores”. La búsqueda que no se detiene porque empieza un partido ni porque se inaugura un Mundial. No hay Mundial capaz de distraerlas del vacío que dejó la desaparición de un hijo. En un país donde la violencia dejó de ser una excepción para convertirse en parte del paisaje cotidiano, las madres buscadoras encarnan una forma radical de resistencia: buscar cuando el Estado no busca, preguntar cuando las respuestas no llegan e insistir cuando todo empuja hacia el olvido.

Conclusión: El peligro de mirar hacia otro lado

Los Mundiales duran unas pocas semanas; la búsqueda de un hijo puede durar toda una vida. Las Madres de Plaza de Mayo y las madres buscadoras mexicanas están separadas por casi medio siglo y por contextos diferentes pero, en ambos casos, las madres comprendieron que los grandes eventos deportivos son mucho más que una competencia. Son una vidriera. Mientras los gobiernos buscaban construir una fachada de éxito, ellas buscaban romperla. Porque cuando el mundo mira, el silencio se vuelve más difícil. Y porque, muchas veces, aquello que ocurre fuera del estadio también merece ocupar el centro de la escena.

Los grandes eventos deportivos no crean las injusticias ni las desapariciones, pero muchas veces ayudan a relegarlas a un segundo plano. Durante unas semanas, las cámaras enfocan estadios, celebraciones y récords de audiencia. Se habla de turismo, de inversiones, de la fiesta de los pueblos.



Mientras tanto, fuera de plano, continúan las búsquedas, las denuncias y las ausencias. La pregunta incómoda es cuántas veces el entusiasmo colectivo termina funcionando como una forma involuntaria de indiferencia. No se trata únicamente de lo que los gobiernos intentan mostrar, sino también de lo que las sociedades están dispuestas a dejar de ver. La propaganda solo funciona cuando encuentra una audiencia predispuesta a creerla. En 1978 muchos eligieron aferrarse a la alegría de un campeonato mientras a pocas cuadras funcionaban centros clandestinos de detención. En 2026, miles de personas celebran el Mundial mientras colectivos de madres recorren campos y fosas buscando a quienes todavía faltan en sus casas.

La comunicación ocupa un lugar central en esta disputa. Puede ser utilizada para ocultar, relativizar o negar una tragedia. Puede transformar una crisis humanitaria en una nota al pie detrás de los resultados deportivos. Pero también puede amplificar voces que de otro modo permanecerían silenciadas. Las mismas cámaras que alguna vez fueron convocadas para mostrar estadios repletos permitieron a las Madres de Plaza de Mayo denunciar al terrorismo de Estado. Las mismas cámaras que hoy transmiten el Mundial permiten que las madres buscadoras mexicanas interpelen a una audiencia global.

Quizás la mayor victoria del negacionismo no sea convencer a las personas de que el problema no existe, sino lograr que lo consideren secundario. Que la desaparición de miles de personas se convierta en ruido de fondo detrás de un espectáculo más atractivo. verlo, pero eclipsado por la comodidad de mirar hacia otro lado. Las madres buscan precisamente impedir que eso ocurra. Por eso marchan, denuncian y aprovechan cada espacio de visibilidad posible.



Porque saben que, mientras haya una sociedad dispuesta a celebrar sin preguntarse qué ocurre fuera del estadio, siempre existirá el riesgo de que la fiesta vuelva a imponerse sobre la memoria, la verdad y la justicia.

Si me dieran una moneda por cada vez que un Mundial coincidió con madres buscando a sus hijos desaparecidos, tendría dos monedas. No son muchas. Pero alcanzan para recordar que, detrás de cada transmisión, siempre hay algo que queda fuera del encuadre.



Referencias bibliográficas:

Grupo perfil (2026, 19 de junio) Mundial 2026: quiénes son las madres buscadoras mexicanas que siguen cavando para encontrar a sus hijos

El grito del sur (2026, 19 de junio) Mientras la FIFA lucra, las madres buscan
<https://elgritodelsur.com.ar/2026/06/mientras-la-fifa-lucra-las-madres-buscan/>

Amnistía Internacional. (2025, 8 de julio) Desaparecer otra vez: Violencias y afectaciones que enfrentan las mujeres buscadoras en México.

<https://amnistia.org.mx/contenido/index.php/desaparecer-otra-vez-violencias-y-afectaciones-que-enfrentan-mujeres-buscadoras-en-mexico/>

Agencia presentes (2025, 17 de marzo) ¿Quiénes son las Madres Buscadoras de México?

<https://agenciapresentes.org/2025/03/17/quienes-son-las-madres-buscadoras-de-mexico/>

Feminismo por La Paz. Madres y familias buscadoras en México

<https://feminismoporlapaz.eus/archivo/madres-familias-buscadoras-mexico/>

Comisión por la memoria. COLECCIÓN DOCUMENTAL | EL MUNDIAL '78

<https://www.comisionporlamemoria.org/project/mundial-78/>

Institucional Parque de la Memoria (2015, 15 de agosto) “TIREN PAPELITOS” Mundial '78 Entre la fiesta y el horror

<https://parquedelamemoria.org.ar/tiren-papelitos-mundial-78-entre-la-fiesta-y-el-horror/>

